

Hacia una guerra generalizada

Las posibilidades de una guerra generalizada en el continente africano son cada vez más visibles. El conflicto de Angola atañe directamente a otras naciones: Zaire, Zambia y, sobre todo, la República Sudafricana, Rhodesia, Namibia... El del Sahara enfrenta directamente a dos potencias del Occidente árabe, Marruecos y Argelia, y complica en los esfuerzos de mediación y ayuda a Túnez, a Libia, vecinos inmediatos, pero también a Siria, al Irak, a Egipto, al Yemen, que a su vez están

ralizado en todo el continente, que resultaría catastrófico a todos los niveles, y no sólo para los países comprometidos, sino para los demás del mundo.

A cambio de esta contención y limitación, en el aspecto puramente negativo, la intervención extranjera —y no sólo de las dos grandes potencias, sino de las europeas que fueron colonizadoras—, la presión extranjera está evitando desde hace más de quince años el verdadero equilibrio africano. Toda Africa lleva siglos falseada por la coloniza-



Sudáfrica está preparando en estos momentos una legislación de guerra que podría suponer una justificación de sus intervenciones en el interior. En la foto, soldados blancos de esa República junto a militantes del UNITA, hechos prisioneros por el MPLA de Agostinho Neto.

comprometidos en el gran problema de los confines afroasiáticos del Oriente árabe. La sombra, y algo más que la sombra —las armas, el dinero, las presiones políticas—, de las dos grandes potencias, los Estados Unidos y la URSS —y, claro, China—, oscurecen todo el panorama. O quizá, de alguna forma, lo aclaren. Habría que atribuir un aspecto positivo, aunque sea cínico, a la intervención de los grandes: el hecho de que deben tender a que los conflictos no se agraven hasta comprometerlos directamente, y la necesidad mutua de evitar que realmente se produzca el conflicto gene-

ralizado en todo el continente, que ha creado fronteras artificiales (escindiendo unas veces etnias conglomeradas y unitarias o, por el contrario, reuniendo otras rivales o contrapuestas en un solo país), ha creado unidades artificiales por la vía idiomática (el idioma colonizador superpuesto al original), ha destrozado viejas culturas y, sobre todo, ha impuesto unas economías artificiales al explotar los países colonizados no en función de sus necesidades naturales y de sus habitantes, sino en la de las metrópolis: todo el sistema de transportes y puertos, por ejemplo, se ha elaborado en esos países con la úni-

ca misión de hacer llegar los productos a la metrópoli por la vía más rápida y más económica, y no para abastecer el país y relacionar sus núcleos de población. Las descolonizaciones en torno al año 1960 tuvieron una gran esperanza doble: la de establecer las auténticas realidades regionales africanas y la de crear una unión general africana. La acción exterior se produjo en ese momento en un sentido negativo: las compras y sobornos, las intervenciones de los organismos semisecretos como la CIA, los envíos discriminados de armas, los apoyos económicos, se hicieron también en virtud no de las necesidades de cada pueblo, sino en la de los intereses económicos y estratégicos de las grandes naciones, muy especialmente de los Estados Unidos por su superior capacidad: los esfuerzos panafricanos condujeron a guerras civiles y al deliberado asesinato de sus dirigentes —como Lumumba— o a su desprestigio y aislamiento. La imagen de todo el continente africano presenta hoy un aspecto peor que en los tiempos de la colonización: en general, sus riquezas y sus hombres siguen siendo explotados por el extranjero, siguen obedeciendo a centros de decisión ajenos a sus países y, quizá, la única diferencia es que elementos autóctonos de unas élites cuidadosamente seleccionadas participan también en el botín. Tomando estas bases como estructura podemos encontrar una identidad, dentro de sus peculiaridades, en el caso del Oriente árabe, donde la unidad religiosa, étnica, cultural, idiomática no ha conseguido rehacerse de las divisiones implantadas por el colonialismo y menos aún de la cuña occidental que representa Israel.

Podría hacerse una relativa comparación histórica entre la situación de Africa y lo que fue la europea durante las guerras de religión y constitución de nacionalidades, que prácticamente ha durado hasta este mismo siglo y en la que todavía hay minorías de carácter regional no suficientemente asimiladas y por lo tanto insatisfechas. La mayor diferencia está en que las guerras europeas estaban decididas sobre todo por las clases dominantes y sus rivalidades, y sus esfuerzos de absorción de territorios y riquezas, mientras

que en las africanas, además de esto —patente claramente en la lucha por los fosfatos del Sahara—, hay una condición de guerra civil, de lucha de clases —como la que es tan visible en Angola—, y al mismo tiempo de guerra de independencia y de enfrentamiento de razas —como los problemas entre los países "blancos", Rhodesia y Africa del Sur, con ciertas complicidades "negras", y sus vecinos—. Quizá el estallido del conflicto parta precisamente de ese punto: la República Sudafricana está preparando en estos momentos una legislación de guerra que podría suponer una justificación de las intervenciones en el exterior, a pesar de que ha anunciado ya que retiraría las fuerzas propias que están combatiendo en Angola junto a UNITA y el FNLA, es decir, a los enemigos del Gobierno de Agostinho Neto. Pero esta retirada estaría en razón de las situaciones reales en el campo de batalla, continuamente favorables al Gobierno y que están produciendo ya una división de sus adversarios, entre los cuales hay incluso combates.

Una guerra africana generalizada no podría tener un desenlace resolutivo, que impusiera la imagen real de Africa sobre la imagen artificial. Si las grandes potencias llegaran a permitirla, su intervención falsearía de nuevo el carácter de los contendientes y el resultado final de reparo entre élites. Una guerra revolucionaria podría llegar a ser más representativa de las verdaderas divisiones, y esa es la que puede estar partiendo de Angola e incluso del Sahara. El problema está en saber si la URSS, a pesar de su ayuda al Gobierno de Agostinho Neto —favorecido especialmente por otro país comunista, Cuba—, tendrá verdadero interés en apoyar a las clases revolucionarias o se limitará a adquirir nuevas posiciones. Se están extendiendo rumores de que Kissinger y Brejnev han llegado en Moscú a un acuerdo sobre Angola, y un editorial de "Izvestia" difundido por la agencia Tass dice que la URSS es favorable a una "solución negociada": dicho esto en el momento en que el Gobierno central está ganando su guerra civil, parece indicar una obligación de contención y una limitación de su ayuda.